

PIPAS PRECORTESIANAS DE SAN MIGUEL DE ALLENDE

por Miguel J. Malo Zozaya

Estas pipas de barro se encontraron en las extensas e importantes zonas arqueológicas del municipio de San Miguel de Allende, del Estado de Guanajuato, que fueron habitadas por numerosos grupos nahuas que, como se sabe, se encaminaron más tarde al Valle de México acaudillados por Mixcoatl y constituyeron el poderoso imperio tolteca en los primeros años del siglo X. Pertenecen, por tanto, a la Cultura Protolteca, según la autorizada opinión al respecto de los arqueólogos Román Piña Chán y Beatriz Braniff de Torres, quienes vinieron recientemente a estudiar dichas zonas por denuncia que de ellas hice años atrás.

Los yacimientos arqueológicos que principalmente las produjeron son Tierra Blanca y la Cruz del Palmar, a lo largo del río Laja, en territorio denominado ahora Mesoamérica Marginal (tecnicismo novísimo que se ha creado para ubicarlas), el cual territorio fue invadido por la expansión de pueblos mesoamericanos a principios de nuestra Era y ocupado más tarde por hordas de chichimecas bárbaros provenientes de América Árida o del Desierto a la llegada de los conquistadores españoles; pero todos, al fin, con caracteres antropológicos comunes.

Entre los muchos artefactos y cacharros hallados en tan insospechadas y ricas zonas, correspondientes todos al Horizonte Clásico de la Cultura Protolteca, tan poco conocida hasta la fecha, figuran con primacía, por su crecido número e importancia arqueológica, las pipas que motivan el presente artículo y constituyen mi colección:

Estas pipas son verdaderamente, extraordinarias tanto por su variada y vistosa apariencia como por su reiterada representación zoomorfa. Lograda ésta con pasmosa simplicidad realista que parece reproducir fielmente con desbordante sentimiento vital y totémico la fauna toda de estos lugares en los lejanos tiempos de la prehispanidad: bisontes, venados, aves diversas y armadillos gigantes que muestran claramente en su piel los característicos discos óseos tan perceptibles en la de su remoto antepasado el gliptodonte, cuyos restos

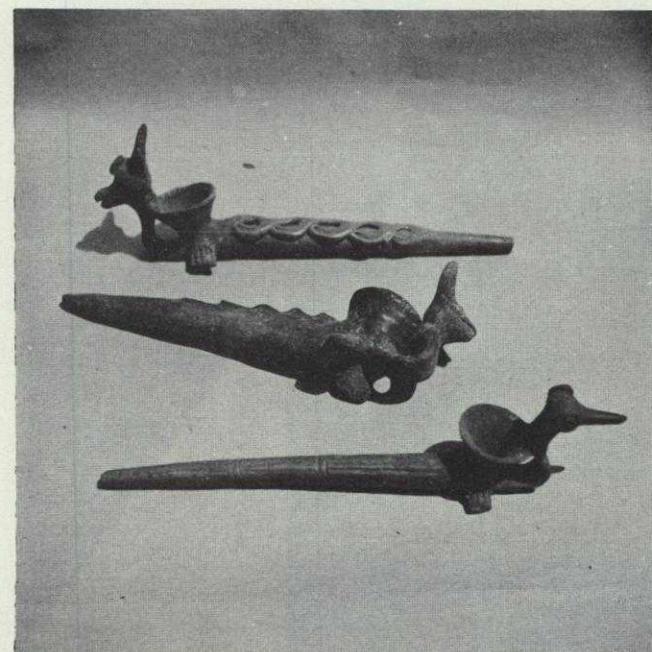
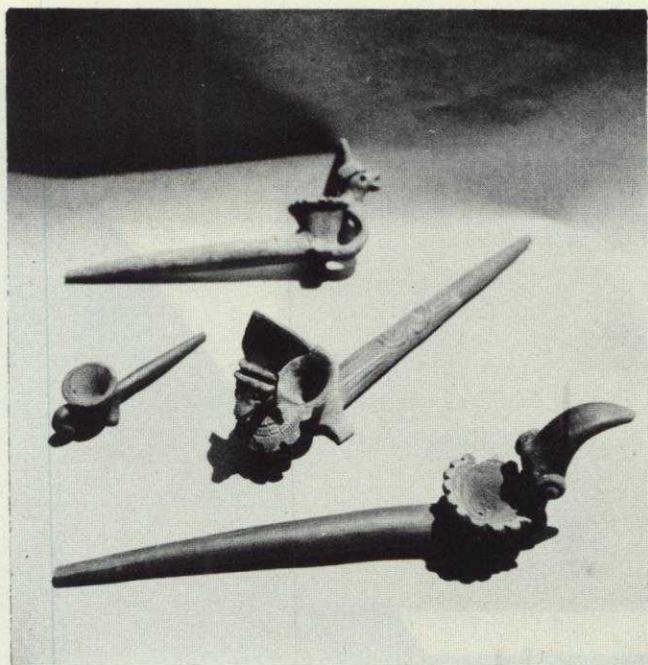
fósiles he encontrado allí mismo a mayor profundidad. Cosa, dicho sea de paso, que viene a desvirtuar la creencia común de que este desdentado sea autóctono de Sudamérica o de que jamás haya emigrado hasta por acá.

En general, la pipa es una de las piezas arqueológicas más importantes en México, pues su localización es indicio valioso para lograr dilucidar el problema actual de la probable ruta de contacto cultural entre nuestro país y los Estados Unidos.

Ahora bien, estas pipas halladas precisamente aquí, hacia el norte de Mesoamérica y tan cerca de la Huasteca, en cantidad tan grande (más de cuatrocientas) y tan semejantes a las del área del sureste de Norteamérica: todas angulares, salvo una recta (tipo característico del suroeste de dicho país), vienen a confirmar la teoría acerca del origen norteamericano de la pipa en México e indican el posible peregrinar de quienes las trajeron o propagaron.

Esto, además, corrobora la particular opinión de MacNeish al respecto, quien descarta cuatro posibles rutas de contacto cultural entre México y los Estados Unidos y propone, como posición conciliatoria y más razonable en el tiempo y en el espacio, la que seguiría la costa de Tamaulipas, por la parte central de Texas hasta el sureste; siguiendo este parecer Muriel N. Porter.

Tal vez hayan sido ceremoniales estas pipas, pues abundan en los centros así denominados y se encuentran siempre asociadas con cosas destinadas al culto incipiente de entonces: sahumadores, braseros e incensarios, y con prendas que se supone hayan pertenecido a jefes, caudillos, caciques, brujos o hechiceros, como son los collares con pendientes simbólicos, los espejos de mosaico de piritita sobre discos horadados de materia refractaria, los magníficos y despiadados cuchillos de sílex y de obsidiana, las navajas de doble filo y una que otra máscara de barro o de cantera con estuco negro o amarillo y mosaico. Algunas, no obstante, pudieron servir sólo para solazarse fumando la hierba "yeti" o tabaco. De un modo o de otro, la mayoría debió usarse en oca-



siones muy significativas, pues se advierte en todas que fueron hechas deliberadamente para portarse con elegancia y sibarítica comodidad.

Por estar casi todas nuevas, se antoja que hayan acompañado a los difuntos para que las usaran en la otra vida, ya que en el sureste de los Estados Unidos, de donde se supone que provienen, se creía que el tabaco se cultivaba en el mundo de los muertos.

Además, son estas pipas valiosa aportación para completar el estudio sistemático de su evolución hasta llegar a la pipa azteca, pues su forma angular dominante y la plataforma plana de algunas, así como la prolongación tubular vuelta hacia el hornillo de otras, son características que recuerdan a las pipas de Tula, naturalmente, a las de Acámbaro, Cuitzeo y Chichén Itzá como sus derivadas. Circunstancia ésta que las convierte en las más antiguas, posiblemente, de México, una vez que la fecha más remota de sus hallazgos registrada hasta ahora sería el año 1,000 aproximadamente para las de Sinaloa, y éstas nuestras, como se ha dicho, datan del 200 al 800 d. C.

El tamaño de estas pipas es generalmente de 20 a 25 centímetros; pero las hay que miden más de cincuenta, mientras que las más pequeñas sólo tienen siete; siendo éstas últimas de acabado tan fino que aparentan no ser también de barro.

Las hay con pintura simple y sin ella, con pintura negativa positiva y al fresco; con decoración de pastillaje y con dibujos esgrafiados o incisos crotaloides a lo largo del tubo, el cual remata siempre en un proporcionado hornillo cónico de borde plano o semilobulado semejante a una corola.

No se puede afirmar que se haya fumado opio en ellas; pero es curioso observar que una tiene el hornillo semejante al fruto capsular de la adormidera, planta de origen oriental, del cual se extrae el opio por incisiones cuando está verde. La misma semejanza advierto en la llamada pipa de Otipa (D.F.), de la colección del arqueólogo Miguel Covarrubias, la cual aparece en la obra de Muriel N. Porter intitulada *Pipas Precortesianas*, pues aunque allí sólo se dice de ella, sin mayor alcance, que su hornillo está decorado con líneas paralelas verticales incisas y tapado con una flor, yo veo claramente las divisiones carpelares parietales del fruto de la adormidera en tales líneas, y las superiores radiales de su estigma sésil en la supuesta flor. Flor que, además, nada tendría que hacer, a mi juicio, sobre el hornillo de una pipa.

De haber una relación íntima entre la supuesta forma de estas dos pipas y lo que en ellas se fumaba, contaríamos con un testimonio más acerca del origen asiático de nuestros indios.

Más podría decirse de estas pipas por todos conceptos extraordinarias, aun no siendo yo un arqueólogo profesional; pero añadiré, para satisfacción particular de nosotros los guanajuatenses, que algunas de ellas figuran ya en el Museo Nacional de Antropología de la ciudad de México, desde su inauguración, por cesión que de ellas hice, representando dignamente un aspecto interesante de la Cultura Protolteca de nuestro Estado.





LAS ATLANTIDAS EVAPORADAS

por Juan Almudí

En *Las Atlántidas*, de Ortega y Gasset, que hojeo estos días por especial y grato obsequio de un buen amigo mío, me topo de buenas a primeras —y lo subrayo en el libro, para no olvidarlo— con aquello de que las Atlántidas son las culturas sumergidas o “evaporadas”. “Ellas representan —dice Ortega— el fenómeno más sorprendente de la Historia. Hace un siglo nadie hubiese aceptado seriamente la posibilidad de que pueblos un tiempo poderosos, creadores de culturas completas... hubiesen llegado a borrarse de la memoria humana, a desvanecerse como fantasmas y vagos espectros”. La verdad es que el filósofo murió antes de que se hablara, o de que se hablara con insistencia y en serio, de la explicación que ahora se pretende para esclarecer el enigma, para descifrarlo...

Copán, en Honduras, el más grande centro ceremonial maya, que poseía (según se ha averiguado) una pureza espartana de costumbres en virtud de su organización social perfectamente estructurada y dirigida, se “evaporó”; no la ciudad, por supuesto, pero sí su población.

Era lugar donde se celebraban brillantes conmemoraciones, donde florecía un comercio próspero y activo, y donde se daban cita artistas, sabios, atletas y gentes procedentes de lejanas tierras, incluso el Perú. ¿Qué sucedió en esta ciudad-estado?...

En el año 1044 de nuestro cómputo del tiempo, Copán, al igual que Tikal antes y otras ciudades después, poco después, dejó de existir porque sus habitantes se fueron para nunca más regresar. Pero esto no es lo extraordinario, no es lo que nos inquieta, lo extraordinario es que no se han hallado vestigios de la causa del abandono, pues quedaron intactas. Si posteriormente aparecen ruinosas, cúlpese de ello al transcurso de los siglos y al avance inexorable de la selva, mas no a los hombres. García de Palacio, Oidor que fue de la Audiencia de Guatemala, las describe en este último estado (de ruina) en el momento en que los conquistadores las descubren, luego el suceso sin duda tuvo lugar en época muy anterior a la Conquista.

En suma, nada obliga a pensar en una causa de-

terminante, y sobre todo lógica, como sería una invasión, la peste, cualquier calamidad (por ejemplo un terremoto), etc. ¿Qué es, pues, lo que en las ciudades mayas ocurrió, lo que ocurrió en Copán? ¿Por qué no volvieron sus habitantes? Se desvanecieron —como dice Ortega y Gasset, refiriéndose a las Atlántidas—, se evaporaron “como fantasmas y vagos espectros”.

En llegando a este punto, de deducción en deducción, el misterio crece, las hipótesis quiebran, y, sin embargo, hoy, repito, pretende abrirse paso una nueva y fascinante. Me explicaré: Los llamados Mapas de Piri Reis (almirante de la armada turca que combatió en Lepanto contra don Juan de Austria), muy anteriores a Jesucristo, y a su vez copias de copias antiquísimas, incluyen el perfil del continente americano con pasmosa exactitud, no obstante desconocerse cuando el Descubrimiento del Nuevo Mundo que hubiera un... Nuevo Mundo. Los egipcios y los incas, ignorándose (?) tejían con algodón de la misma variedad. El Imperio Tiahuanaco, en las riberas del lago Titicaca —de hombres blancos y barbudos— poseía “reloj de Sol” y calendario, que actualmente se afirma es, o era, de Venus y no de la Tierra. El mítico Quetzalcóatl, el **esperado**, es descrito asimismo con barbas y de tez blanca. Es una leyenda que se repite como un ritor-nello: hombres blancos, barbudos antes de los incas, los aztecas, los mayas... y por añadidura conocedores del modo de medir el tiempo, de las revoluciones ast-rales.

¿En qué consisten esas hipótesis que explicarían satisfactoriamente lo de las Atlántidas evaporadas? Los mapas del almirante turco; los conocimientos astrológicos y de medición del tiempo, de esas culturas y otras perdidas, y un sinfín de datos aparentemente inconexos y sorprendentes, todo ello está siendo considerado, revisado, muy en serio por modernos investigadores a la luz de los supuestos OVNIS, quienes afirman que en un tiempo remotísimo nuestro planeta habría sido visitado por seres extraterrestres que serían portadores de una cultura avanzada, transmitiéndonos sus conocimientos y volviendo a su mundo de origen, por lo que los pueblos visitados cayeron nuevamente en el atraso y, añorando el pasado, reconociendo la gran superioridad de aquellos viajeros, acabarían deificándolos, adorándolos, ofreciéndoles incluso sacrificios humanos, etc.

No hace mucho que con ocasión de un comentario al respecto, ganado por la fascinante explicación de que la losa sepulcral de la cripta del Templo de las Inscripciones de Palenque lo que representa es a uno de esos astronautas, escribí un comentario, en un periódico, contrastando esa hipótesis con la explicación científica de un libro —cuyo nombre no hace al caso— del Instituto de Investigaciones Estéticas de la Universidad Nacional Autónoma de México. La verdad es que mis dudas continúan.

Resumiendo, quizá la clave de lo que Ortega y Gasset llama las Atlántidas evaporadas sea ésa; ¿por qué no? Vale la pena meditar, reflexionar...

CARTAS DE DON HERNANDO

Regresa Hernán Cortés a España para casarse con doña Juana de Zúñiga, sobrina del Duque de Bejar, pero en llegando lo quiso para sí doña Francisca de Mendoza, cuñada de Francisco de Cobos, omnipotente secretario de Su Majestad Cesárea Carlos V, y con este enredo se le fue al Capitán la gobernación de la Nueva España, como lo asegura Bernal Díaz. "Don Hernando cometió el error de hacer surgir en el pecho de doña Francisca, esperanzas que no estaba dispuesto a satisfacer".⁽¹⁾ La actitud del Soberano cambió radicalmente hacia don Hernando. Tan mal estaban sus cosas que se prohibió no sólo que se imprimieran, sino aún se leyeran sus **cartas o relaciones**, que envió al Emperador.⁽²⁾ Ya muerto el fundador de la nacionalidad mexicana, el nefasto Felipe II, prohíbe por cédula de fecha 1553, la impresión, venta y lectura de la **Historia de las Indias y Conquista de México** escrita por Gómara.

¿Cuál era la inquina que tenía la Corona contra este hombre? ¿Qué dicen sus cartas de relación, o la historia de sus hazañas, que con tanto celo prohibieran tanto Carlos como Felipe?

Si se estudia la vida de Cortés, se llega al convencimiento, que era tal su anhelo de libertad que pocas veces respetó jerarquía o imposición alguna. En Cuba lo casó Velázquez, por la fuerza, con su cuñada Catalina Juárez, a quien más tarde, se deduce, tuvo oportunidad de ponerle las manos en el cuello. Sin el permiso de dicho gobernador salió con su expedición a tierra firme, lo que más tarde provocó el envío de Pánfilo Narváez y por ende la pérdida de Tenochtitlán. Después que se volvió a ganar la ciudad durante el terrible sitio de 75 días en el cual perecieron casi la totalidad de los aztecas, Cortés pudo haber decidido no tolerar más incursiones de nadie, y así fue como dejó que se estrellase el adelantado Francisco de Garay en el Pánuco, quien poco después murió de tristeza. Dice Cortés, "supe de un navío que vino de la isla de Cuba; cómo el almirante don Diego Colón y los adelantados Diego Velázquez y Francisco de Garay quedaban juntos en la dicha isla, y muy confederados para entrar por allí con mis enemigos..." No fue menor la suerte del juez de residencia don Luis Ponce de León, que habiendo llegado a Tenochtitlán murió de una peste junto con treinta de sus acompañantes.⁽³⁾ De todo esto lo más notorio es que tuvo Cortés la osadía de denegar las provisiones reales de Gobernador y Capitán que traía don Cristóbal de Tapia, quien se tuvo que regresar a la isla Española.

Reproducimos el pasaje para rememoración de nuestros lectores, tomado de la Tercera Carta de Relación enviada por Cortés a Carlos V.

(1) **Hernán Cortés**. Cap. XXX. Salvador de Madariaga.

(2) **Andanzas de Hernán Cortés**. Del Valle Arizpe.

(3) Esto ocurrió después de que regresó Cortés de su viaje a las Hibueras.



"Y estando despachando a este capitán me escribieron de la villa de la Veracruz cómo allí al puerto della había llegado un navío, y que en él venía Cristóbal de Tapia, veedor de las fundiciones de la isla Española, del cual otro día siguiente recibí una carta por la cual me hacía saber que su venida a esta tierra era para tener la gobernación della mandado de vuestra majestad, y que dello traía sus provisiones reales, de las cuales en ninguna parte quería hacer presentación hasta que nos viésemos; lo cual quisiera que fuera luego; pero que, como traía las bestias fatigadas de la mar, no se había metido en camino; y que me rogaba que diésemos orden como nos viésemos, o él viniendo acá, o yo yendo allá a la costa de la mar. E como recibí su carta, luego respondí a ella diciéndole, que holgaba mucho con su venida, y que no pudiera venir persona proveída por mandado de vuestra majestad a tener la gobernación destas partes, de quien más contentamiento tuviera, así por el conocimiento que entre nosotros había, como por la crianza y vecindad que en la isla Española habíamos tenido. E porque la pacificación destas partes no estaba aún tan soldada como convenía, y de cualquiera novedad se daría ocasión de alterar a los naturales; e como el padre fray Pedro Melgarejo de Urrea, comisario de la cruzada, se había hallado en todos nuestros trabajos, y sabía muy bien en qué estado estaban las cosas de acá, y de su venida vuestra majestad había sido muy servido, y nosotros aprovechados de su doctrina y consejos; yo le rogué con mucha instancia que tomase trabajo de se ver con el dicho Tapia, y viese las provisiones de vuestra majestad, y pues él mejor que nadie sabía lo que convenía a su real servicio y al bien de aquestas partes, que él diese orden con el dicho Tapia en lo que más conviniese, pues tenía concepto de mí que no excedería un punto dello; lo cual yo le rogué en presencia del tesorero de vuestra majestad, y él asimismo se lo encargó mucho. Y él se partió para la villa de la Ve-

racruz, donde el dicho Tapia estaba; y para que en la villa o por donde viniese el dicho veedor se le hiciese todo buen servicio y acogimiento, despaché al dicho padre y a dos o tres personas de bien de los de mi compañía; y como aquellas personas se partieron, yo quedé esperando su respuesta; y en tanto que aderezaba mi partida, dando orden en algunas cosas que convenían al servicio de vuestra majestad y a la pacificación y sosiego destas partes, dende a diez o doce días la justicia y regimiento de la villa de la Veracruz me escribieron cómo el dicho Tapia había hecho presentación de las provisiones que traía de vuestra majestad, y de sus gobernadores en su real nombre, y que las habían obedecido con toda la reverencia que se requería, y que en cuanto al cumplimiento, habían respondido que porque los más del regimiento estaban acá conmigo, que se habían hallado en el cerco de la ciudad, ellos se lo harían saber, y todos **harían y cumplirían lo que fuese más servicio de vuestra majestad y bien de la tierra;** y que desta respuesta el dicho Tapia había recibido **algún desabrimiento**, y aun había tentado algunas cosas escandalosas. E como quiera que a mí me pesaba dello, les respondí que les rogaba y encargaba mucho que, mirando principalmente el servicio de vuestra majestad, trabajasen de contentar al dicho Tapia, y no dar ninguna ocasión a que hubiese ningún bullicio; y que yo estaba de camino para me ver con él y cumplir lo que vuestra majestad mandaba y más su servicio fuese. Y estando ya de camino, y impedida la ida del capitán y gente que enviaba al río de Pánuco, porque convenía que yo salido de aquí, quedase muy buen recaudo, los procuradores de los concejos desta Nueva-España me requirieron con muchas protestaciones que no saliese de aquí, porque como toda esta provincia de Méjico y Temixtitlan había poco que se había pacificado, con mi ausencia se alborotaría, de que podía seguir mucho deservicio a vuestra majestad y desasosiego en la tierra; y dieron en el dicho su requerimiento otras muchas causas y razones por donde no convenía que yo saliese desta ciudad al presente; y dijéronme que ellos, con poder de los concejos, irían a la villa de la Veracruz, donde el dicho Tapia estaba, y verían las provisiones de vuestra majestad, y harían todo lo que fuese su real servicio; y porque nos pareció ser así necesario, y los dichos procuradores se partían, escribí con ellos al dicho Tapia, haciéndole saber lo que pasaba, y que yo enviaba mi poder a Gonzalo de Sandoval, alguacil mayor, y a Diego de Soto y a Diego de Valdenebro, que estaban allá en la villa de la Veracruz, para que en mi nombre, juntamente con el cabildo della y con los procuradores de los otros cabildos, viesan y hiciesen lo que fuese servicio de vuestra majestad y bien de la tierra, porque eran y son personas que así lo habían de cumplir. Allegados donde el dicho Tapia estaba, que venía ya de camino, y al padre fray Pedro se venía con él, requirieronle que se volviese; y todos juntos se volvieron a la ciudad de Cempual, y allí el dicho Cristóbal de Tapia presentó las provisiones de vuestra majestad, las cuales obedecieron con el acatamiento que a vuestra majestad se debe; y en cuanto al cumplimiento dellas dijeron que

suplicaban para ante vuestra majestad, porque así convenía a su real servicio por las causas y razones de la misma suplicación que hicieron, según que más largamente pasó; y los procuradores, que van desta Nueva-España lo llevan signado de escribano público. Y después de haber pasado otros autos y requerimientos entre el dicho veedor y procuradores se embarcó en un navío suyo, porque así le fué requerido; porque de su estada, y haber publicado que él venía por gobernador y capitán destas partes, se alborotaban; y tenían estos de Méjico y Temixtitan ordenado con los naturales destas partes, de se alzar y hacer una gran traición, que a salir con ella hubiera sido peor que la pasada; y fué que ciertos indios de aquí de Méjico concertaron con algunos de los naturales de aquellas provincias que el alguacil mayor había ido a pacificar, que viniesen a mí de mucha priesa, y me dijese cómo por la costa andaban veinte navíos con mucha gente, y que no salían a tierra; y que porque no debían ser buena gente, si yo quería ir allá y ver lo que era, que ellos se aderezarían y irían de guerra conmigo a me ayudar; y para que los creyese trajéronme la figura de los navíos en un papel. Y como secretamente me hicieron saber esto, luego conocí su intención y que era maldad y rodeado para verme fuera desta provincia, porque como algunos de los principales della habían sabido que los días antes yo estaba de partida, y vieron que me estaba quedo, habían buscado esta otra manera y yo disimulé con ellos, y después prendí a algunos que lo habían ordenado. De manera que la venida de

dicho Tapia, y no tener experiencia de la tierra y gente della, causó harto bullicio, y su estada ficiera mucho daño si Dios no lo hobiera remediado; y más servicio hobiera fecho a vuestra majestad estando en la isla Española, dejar su venida y consultarla primero a vuestra majestad, y facerle saber el estado en que estaban las cosas destas partes, pues lo había sabido de los navíos que yo había enviado a la dicha isla por socorro, y sabía claramente haberse remediado el escándalo que se esperaba haber con la venida de la armada de Pánfilo de Narváez, aquel que principalmente por los gobernadores y concejo real de vuestra majestad había sido proveído; mayormente que por el almirante y jueces y oficiales de vuestra majestad que residen en la dicha isla Española el dicho Tapia había sido requerido muchas veces que no curase de venir a estas partes sin que primero vuestra majestad fuese informado de todo lo que en ellas ha sucedido, y para ello le sobreseyeron su venida so ciertas penas; el cual con formas que con ellos tuvo, mirando más su particular interés que a lo que al servicio de vuestra majestad convenía, trabajó que se le alzase el sobreseimiento de su venida. He fecho relación de todo ello a vuestra majestad, porque cuando el dicho Tapia se partió, los procuradores y yo no la ficimos porque él no fuera buen portador de nuestras cartas; y también porque vuestra majestad vea y crea que en no recibir al dicho Tapia vuestra majestad fué muy servido, según que más largamente se probará cada y cuando fuere necesario."

Comercial Eléctrica.

MATERIALES ELECTRICOS

VICTORIA N° 58

MEXICO 1, D. F.

10-86-31

CON 5 LINEAS

10-01-18

Panorama Histórico de la Filosofía

“MAS QUE UN HOMBRE, UN CASTILLO”

por Félix Martí Ibáñez

“...y sobre la desolada planicie moral e intelectual de España se levantó señera su testa enorme, ancha, cuadrada —como un castiello—”. Estas palabras, con las que José Ortega y Gasset dibujó el perfil del pensador español **Joaquín Costa**, podrían servir también para definir a Ortega, el magnífico castellano, más que un hombre, un castillo.

Ortega y Gasset murió en 1955, pero a diferencia de lo que antaño se hacía con los grandes héroes, cuyas armas se enterraban con sus cuerpos —cual la Tizona con El Cid—, los libros de Ortega no fueron a parar a su sepulcro. Sus libros, sus palabras, siguen viviendo con nosotros, y como sucedió con El Cid, están ganando espléndidas batallas aun después de muerto.

Enfocaremos la vida y la obra de Ortega como una sinfonía de **siete** movimientos, asomándonos respectivamente a siete etapas de su vida para estudiar al hombre, al profesor, al periodista, al literato, al orador, al historiador y al filósofo.

I—El hombre: “Emperador dentro de una gota de luz”

“Nací sobre una rotativa”. —dijo una vez Ortega aludiendo a su linaje de periodistas—. En la época en que nació Ortega en Madrid, en mayo de 1883, Alfonso XII regía en España en plena Restauración, Gladstone gobernaba Inglaterra bajo la reina Victoria, y Bismarck dictaba los destinos de Alemania. Fue aquel el año en que murió Wagner, en que Dilthey publicó su magnum opus, y Nietzsche encendió la llamarada de su Así hablaba Zaratustra.

Pepito Ortega creció en un hogar dotado de distinción intelectual: su padre, José Ortega y Munilla, **nacido en Cuba**, era un destacado periodista. Pepito se crió entre el ruido de las rotativas acompañando la emoción del suceso del día, y el periodismo —es decir, la actualidad— fue su infantil circunstancia.

Cuando Pepito tenía seis años, su madre enfermó del corazón. Aprovechando su viaje a París para visitar la Exposición Mundial, en el año en que la torre Eiffel alzó su largo cuello de jirafa de acero sobre los tejados plateados de la Ciudad Luz, el padre de Ortega llevó a su esposa a que la examinara el neurólogo Charcot, cuyas histéricas de la Salpêtrière eran el más dramático guñol de París. Charcot hizo a la madre de Pepito un diagnóstico certero y literario: “Vous êtes une femme epuisée par les accouchements” (Es usted una mujer extenuada por los alumbramientos). Era cierto. La madre había dado a luz a cuatro hijos en cuatro años sucesivos. De regreso a Madrid y para huir del clima atroz, mitad siberiano y mitad sahárigo, de la capital de España, se hicieron construir un chalet en la sierra de Córdoba.

Pepito ingresó entonces en el colegio de los jesuitas de San Estanislao de Kostka, de Miraflores del Palo, Málaga. Años más tarde, recordando esta dulce Arcadía mediterránea, escribiría Ortega: “Hay un lugar que el Mediterráneo halaga, donde la tierra pierde su valor elemental, donde el agua marina desciende al menester de esclava y convierte su líquida amplitud en un espejo



reverberante, que refleja lo único que allí es real; la luz. Saliendo de Málaga y siguiendo la línea ondulante de la costa, se entra en el imperio de la luz. Lector: yo he sido durante seis años emperador dentro de una gota de luz, en un imperio más azul y esplendoroso que la tierra de los mandarines”.

Durante las vacaciones, los Ortega asistían a corridas de toros, y los chiquillos corrían por el campo en bicicletas. Algún verano lo pasaban en El Escorial, futuro escenario de la primera meditación filosófica de Ortega. Durante la época de clases, cuando se recluía al inquieto grupo de parladores periquitos humanos, en la jaula del piso en la calle de Goya en Madrid, leían ávidamente. Pepito asistía fascinado a las interminables tertulias periodísticas de sobremesa, y leía a Valera, Balzac, Dickens, Shakespeare, Dumas y Renan, en un autoimpuesto maratón de lectura, con el libro colocado en el enorme atril familiar.

A los catorce años, la afición de Pepito a los toros, le hacía ir al coto de caza de su tío que en su corraliza tenía una pequeña vacada y “un becerrete muy majo” llamado Vinagre. Una tarde, Pepito, con su chaquetilla, empezó a dar lances al becerro. Minutos después el bicho lo derribó. Ahí terminó la carrera tauromáquica de Pepito, aunque no su afición a la fiesta brava, inspiradora de sus bellos ensayos sobre los toros, que harían decir al torero Domingo Ortega: “Desde que leo la filosofía de Ortega, toreo mejor”.

La gran pasión de Pepito era leer y soñar, y aun comiendo tenía la mesa sembrada de libros y cuartillas. En 1897 Pepito se fue a Deusto, donde estudió Derecho. De 1898 a 1902, cursó Filosofía y Letras en la Universidad de Madrid, doctorándose en 1904 con una tesis sobre Los terrores del año mil (Crítica de una leyenda). Por esta fecha, a los veintiún años, le escribió a su hermano Manuel anunciándole la más importante decisión

de su vida: "Puedo decirte que me he metido de hoz y coz en el estudio de la Filosofía". El comienzo de su tesis ya revela al egregio escritor que remonta el vuelo con su **mágica pluma** de aguilucho del espíritu: "En la historia de la Edad Media existe una página sugestiva como pocas, inquietante, que dice uno de los momentos en que la Humanidad se ha encontrado más oprimida, más angustiada. Sobre un cúmulo de desdichas reales, algunos historiadores han urdido el tapiz maravilloso de una leyenda. Es ésta la que supone a los hombres del siglo X abandonando las labores sustentadoras de la vida y huyendo en pardos rebaños al sosegado y milagroso secreto de los claustros". Tras este magnífico comienzo, Pepe Ortega urdió el tapiz de la Europa medieval y desmoronó la leyenda de los terrores del año 1000.

La "circunstancia" con que se enfrentó el joven graduado en Filosofía y Letras fue la de una España regida por la generación de Ribera, Cajal, Ferrán, Cossío, Gaudí, Rusiñol, Albéniz. En su propia generación, figuraban Echegaray, Miró, Pérez de Ayala, Azaña y Marañón; y en el extranjero, Spengler, Keyserling, Jaspers, Heidegger y Toynbee.

Iniciada su labor periodística, con su primer artículo Glosas (1902), Pepe Ortega miró en derredor suyo. Lo que vio en España le dio dolor en el corazón. Para su espíritu, ávido del rigor, veracidad y jerarquía, que sólo podía hallar en la ciencia, España no ofrecía sino patriotería barata, un atroz "achabacamiento español". Anhelaba Ortega descubrir un nuevo modo de ver las cosas, y usarlo para enseñar a pensar a los españoles. En principio, creyó hallar cualidades dignas de emularse, en Miguel de **Unamuno**. Mas, a medida que Unamuno fue renunciando a su europeísmo para optar por el "**africanismo**", Ortega fue distanciándose del ogro vasco. Ortega fue el único que se las cantó claras al gigante de Salamanca. En cierta ocasión dijo que acaso "el matiz rojo y encendido de las torres salmantinas les vendrá de que las piedras venerables aquellas se ruborizan oyendo lo que Unamuno dice cuando a la tarde pasea entre ellas".

El "joven meditador" Pepe Ortega decide en 1905 irse a Alemania en pos de la luz filosófica cernida por nubes de plata. Estudia primero en Leipzig, y luego, en Berlín. En Leipzig, gusta de sentarse en el parque, viendo cómo le liman al elefante el callo que se le formó en la frente a fuerza de frotarla contra las barras de su jaula. Allí, Pepe Ortega pasea con otros estudiantes por los fríos parques sin rosas y lee a Kant entre la algarrabía de los patos dedicados a persecuciones amorosas. Después, en Marburgo, en la ribera del Lahn, será discípulo de los neokantianos Cohen y Natorp. De Marburgo —adonde retornaría Ortega años después, ya catedrático, y donde nacería su hijo Miguel Germán— diría Ortega: "En esta ciudad he pasado yo el equinoccio de mi juventud; a ella debo la mitad, por lo menos, de mis esperanzas y casi toda mi disciplina".

Tras sus años en Alemania, Pepe Ortega retorna a enfrentarse con la dramática circunstancia de su destino de español universal. Está decidido a aceptar la circuns-

tancia española como su palenque, y su fino olfato de podenco le hace husmear el acantilado confinamiento de su patria, la "**tibetización de España**". Contra ella batallará dándose cuenta de que si España es el problema, Europa es la solución.

Pepe Ortega, que fue a Alemania a estudiar filosofía, regresa a España siendo no ya un filósofo sino la Filosofía misma. Siente latir sus tesis filosóficas, como un corazón. "**Mi vocación** —dirá más tarde— **era el pensamiento, el afán de claridad sobre las cosas**. . . Hacia ese señorío de la luz sobre mí mismo y su contorno quería yo movilizar a mis compatriotas". Decide, pues, acometer la faena alegremente, con estilo y garbo.

Tiene ya Pepe Ortega treinta años, se siente en lozana madurez, y está impaciente como brioso alazán, por galopar por la pradera intelectual. Mas, ¿por dónde empezar la ingente tarea? Ante todo, sometiéndose a una estricta disciplina, adoptando el **consejo** que más tarde **daría a un discípulo**: "Si la vida es un resorte que se dispara, tiene que ser antes un resorte que se contrae".

Como ha señalado Pedro Laín Entralgo, Ortega se vio a sí mismo en tres distintas figuras de vida: como cazador, como arquero y como náufrago. El común denominador de esas tres figuras de vida —diría yo— es el movimiento. El cazador corre tras su presa; el arquero intenta llegar al blanco mediante la prolongación de su brazo que es la flecha rauda; el náufrago bracea para salvarse y llegar a tierra firme. En los tres casos hay movimiento hacia algo que está distante, y eso, en la vida, es el futuro, el porvenir. Por eso, la vida de Ortega fue una operación cinética que se movió siempre hacia adelante.

Siente el joven filósofo que le hace falta conseguir tribunas desde las que forjar su destino y el de España. Decide usar de la cátedra y de la tribuna para impartir su mensaje; del periódico para llegar a los grandes públicos. La palabra hablada y escrita serán sus armas, la prensa y la cátedra sus altavoces. La aceptación de su misión implicará para él un destino de radical soledad, pues los grandes hombres viven egregiamente solos, ya que los demás no pueden seguirles sino a distancia. Pero no le importa. "La vida —dice una vez— es misión. . . Yo soy un proyecto, una pretensión, una flecha que apunta al blanco". El joven arquero, con su carcaj intelectual atestado de flechas, se lanza a su destino de cazador de la Verdad.

II—El maestro: el seductor de ideas

Aplicando a Ortega su propio concepto de las generaciones históricas de quince años de duración en la vida de los hombres y de los pueblos, hallamos su propia vida dividida en varias etapas: la de sus mocedades (1904-1914) en que estudia y a los 30 años deviene profesor; la de la gestación de sus mejores libros (1914-1924); la de su gestión pública y política hasta el comienzo de la Guerra Civil (1924-1936); la de los años de Guerra Civil y voluntario exilio en los que crea, en cursos y conferencias, una nueva etapa de su

obra (1936-1945); la de su retorno a España (1945-1955) y sus nuevos cursos.

En 1909 Ortega es nombrado profesor de Filosofía en la Escuela de Estudios Superiores del Magisterio, y en 1910 hace oposiciones a la cátedra de Metafísica en la Universidad de Madrid. Una de las pruebas de la ordalía de las oposiciones era explicar una lección de Metafísica. Ortega se lanza a la prueba como un buen torero ante un Miura: sin miedo y con garbo. Durante una hora, el tribunal escucha embebido al joven maestro que salta de un trapezio filosófico a otro en feliz vuelo de metáforas. Es la suya, más que una lección, un torneo de oratoria joven, dinámica, pulida, luminosa, usando de imágenes como de mallas con las que vestir el cuerpo atlético de sus ideas. Así alcanza la cátedra de Metafísica de la Universidad de Madrid que había de ocupar hasta 1936.

Súbitamente, se acaba de iniciar con Ortega y Gasset una nueva era en el pensar y el decir. Asumbran la claridad y elegancia de su exposición. **"La claridad —repetirá él— es la cortesía del filósofo"**. Con esas dotes, José Ortega y Gasset deviene catalizador de varias generaciones.

Una de sus discípulas, María Zambrano, ha recordado la primera clase que dio Ortega y Gasset para el profesorado normal, y a la que ella asistió en 1909, en la Escuela de Estudios Superiores del Magisterio, no lejos del Museo del Prado. A las nueve de la mañana, unos cuarenta maestros de toda España miraban distraídamente al parque del Retiro a través de las ventanas. Ortega y Gasset, un hombre menudo, velludo, de mirada penetrante, entró en el aula con una carpeta de cuero en la mano. De ella sacó el texto de un diálogo de Platón, el Teeteto. Comenzó por exponer lo que iba a ser su curso. **Filosofía, les dijo, es la ciencia general del amor.** La filosofía es lo contrario de la noticia y de la erudición, y aspira a llegar a una sola proposición en que se dijera toda la verdad. Pronto los alumnos cesaron de usar los lápices preparados para tomar notas, dejándolos en alto como bayonetas o pararrayos. Estaban asistiendo a la lección de un egregio maestro de la palabra. Su dicción era perfecta, su exposición una maravilla vestida con precioso ropaje de metáforas.

Rápidamente, fue llenándose su aula de más y más discípulos, especialmente mujeres, a medida que su faz se iba llenando de las nobles arrugas del pensador. Sus días de conferencia eran como días de fiesta para los oyentes. Adoptaba el método de descender una punta del velo que nos impide ver las cosas en su magnífica totalidad y seguía su precepto de que **"quien quiera enseñarnos una verdad, que no nos la diga... que nos sitúe de modo que la descubramos nosotros"**. Pues Ortega y Gasset pensaba que la gracia del contagio de la idea está más en el verbo, que es voz, rostro y gesto, nutridos por ideas e imágenes, que en el plomo que sale de las linotipias. Ortega y Gasset decidió que al español "era preciso atraerle hacia la exactitud de la idea con la gracia del giro. **En España, para persuadir era menester antes seducir"**.

Aunque aceptó a Kant como a su catalizador inicial,

y sentía afición romántica hacia Leibniz, de quien decía que su filosofía parecía hecha por un ángel, pronto empezó a dibujarse en sus lecciones el contorno de una filosofía suya, original, que compartía con los oyentes, pues para él, filosofar era comunicar, en vez de aislarse para hilar ideas en la rueda sutil de su pensamiento.

III—El periodista: el hombre estrella

Ortega y Gasset fue el egregio periodista de la filosofía. Ello ha hecho que aún haya quienes duden de la excelsa calidad de su obra, sólo porque originalmente apareció en el humilde marco de las columnas de diarios. Quienes así le criticaron olvidaban que una esmeralda en montura de oro de veinticuatro quilates no pierde nada de su valor porque esté envuelta en un periódico.

Quando con su primer artículo publicado a los dieciocho años de edad inicia Ortega y Gasset su carrera periodística, ya había decidido que en su "circunstancia" —su país, España, y su época, los comienzos de siglo— para hacer filosofía había que elegir un vehículo popular como el diario y la charla: en suma, el periodismo y la tertulia.

Toda la obra de Ortega y Gasset tiene pues un sentido periodístico. No escribió libros sino artículos periodísticos, luego recogidos en libros. Artículos, cursos y conferencias forman su obra literaria y filosófica. Por eso, en todo lo escrito por él hay un estilo "verbal", una comunicación directa con el lector. Supo escribir de los más complejos problemas con la gracia de un conversador de café ante un corro de amigos; fue un sublime contador de cuentos filosóficos. Ese periodismo filosófico de Ortega y Gasset, es el único caso en la Historia en que se ha hecho alta filosofía en columnas de periódicos.

Los artículos de Ortega y Gasset hicieron historia. En ellos logró crear un nuevo sistema de filosofía que iluminó a varias generaciones y elevó el nivel cultural de España y Europa. Según él decía, los artículos de periódicos son un género literario y "tienen la misma obligación de aspirar a vivir eternamente que una epopeya".

Expandiendo su esfera de actividad periodística, Ortega y Gasset fundó con otros el periódico El Sol, en Madrid, donde publicaría algunos de sus más importantes escritos. Era pasmoso ver en el café y en el tranvía al "hombre de la calle" leyendo artículos filosóficos de Ortega y Gasset. El dinámico espíritu del periodista-filósofo le llevó a fundar en 1923 la Revista de Occidente, y la editorial del mismo nombre. Como editor, Ortega y Gasset introdujo en España la obra de los grandes hombres de ciencia y filósofos europeos, la de Freud, Von Uexküll, Husserl y Scheler, Spengler y Hegel, Brentano y Huizinga, Dilthey y Heidegger. La Revista de Occidente, hasta 1936, en que por la Guerra Civil tuvo que interrumpir sus labores, se convirtió en una bandera que ondeaba sobre las más preclaras cabezas europeas.

La filosofía de Ortega y Gasset se ejercía tanto en

los periódicos como en sus tertulias. Primero en la Residencia de Estudiantes, y luego en la redacción de la Revista de Occidente, tenía su cotidiano simposio filosófico, sobre temas tan variados como la vida misma —arte, literatura, viajes, toros, teatro y, siempre, filosofía— en su tertulia de tres horas en la que algunas de las mentes más lúcidas de España (Manuel García Morente, Fernando Vela, Federico García Lorca, Salvador Dalí, Luis Buñuel y otros) y de Europa, asistían con asombro a la elaboración improvisada de su pensamiento, que saltaba como pájaro de rama en rama, de un tema a otro con brillantez inigualada, usando un lenguaje que en sus labios fluía musical y sabio, inmenso abanico con la policromía de la cola de un pavo real. Con su pluma, el humilde artículo de periódico, se convirtió de gusano de luz en fulgurante estrella.

Hijo y nieto de periodistas, expuso Ortega con entereza su profesión de fe: "Quien quiera crear algo, y **toda creación es aristocracia**, tiene que acertar a ser aristócrata en la plazuela. He ahí, por qué, dócil a la circunstancia, he hecho que mi obra brote en la plazuela intelectual que es el periódico". Y, a raíz de la muerte de Ortega, dijo el endocrinólogo y humanista Dr. Gregorio Marañón: "El periódico, entre las muchas cosas que puede ser, es cátedra. Las lecciones de Ortega en la Universidad tenían, como sus ensayos en las revistas y en las hojas diarias, la misma fuerza creadora y la misma dignidad". Ortega fue universitario en el periódico, y periodista en la cátedra.

IV—El literato: el lapidario de la prosa

Tengo en mi biblioteca las Obras completas (1902-1943) de Ortega y Gasset, y otros volúmenes con obras inéditas publicadas por sus discípulos, obras a las que según dijo el propio maestro "la malaventura parece complacerse en no dejarme darles esa última mano, esa postrer soba que no es nada y es tanto, ese ligero pase de piedra pómez que tersifica y pulimenta". Esos libros son un yacimiento diamantífero. Basta con abrirlos en cualquier página y en el acto relucen chispazos de diamantes. Aquí están a mi alcance, encuadrados en plata y gris, el color de los olivares que él tanto amaba, pero su voz ya no suena sino en mi mente, y pensar que el filósofo se nos fue para siempre, es para mí tener un cortaplumas clavado en el corazón.

El primer libro de Ortega y Gasset, **Meditaciones del Quijote**, apareció en 1914, cuando él tenía 31 años. Ese librito contiene, como un programa musical, el **repertorio de todo el concierto**, el índice de los **temas filosóficos que desarrollaría durante su vida**. El tema central es España, pero sobre él, en su urdimbre amorosa, borda los demás temas de su predilección, sobre todo el de la vida humana. Esos temas son ejemplos de amor intellectualis, para usar el lindo nombre que usó Spinoza para designar los ensayos de amor intelectual.

Fue su genial intuición iniciar sus escritos con lo que llamó "salvaciones", que describió así: "Bajo el título **Meditaciones del Quijote** anuncia este primer vo-

lumen unos ensayos de varia lección que va a publicar un profesor de filosofía in partibus infidelium... son más bien lo que un humanista del siglo XVII hubiera denominado salvaciones. Se busca en ellos lo siguiente: dado un hecho —un hombre, un libro, un cuadro, un paisaje, un error, un dolor— llevarlo por el camino más corto a la plenitud de su significado. Colocar las materias de todo orden, que la vida, en su resaca perenne, arroja a nuestros pies como restos inhábiles de un naufragio, en postura tal que dé en ellos el sol de innumerables reverberaciones. Hay dentro de toda cosa la indicación de una posible plenitud. Un alma abierta y noble sentirá la ambición de perfeccionarla, de auxiliarla, para que logre esa, su plenitud. Esto es amor —el amor a la perfección de lo amado".

Mi encuentro, siendo estudiante de Medicina, con los escritos de Ortega y Gasset tuvo la intensidad de una descarga eléctrica. Al leer un volumen de *El espectador*, sentí rasgarse el cielo oscuro por una centella de arco iris. Mi vida se hizo súbitamente más rica y mi alma más valiosa en densidad moral. En las tierras de color de miel de la meseta castellana, vi alzarse a un hombrecillo que con vocablos que eran listones de plata, edificaba bellas armazones de conceptos. Un español universal. Fascinado, seguí desde entonces el verbo de luz, la palabra de oro del maestro.

La vasta producción literario-periodística-filosófica de Ortega y Gasset incluye sus *Meditaciones del Quijote*, los siete volúmenes de primorosos ensayos de *El espectador* El tema de nuestro tiempo, *Las Atlántidas*, *La deshumanización del arte*, *Ideas sobre la novela*, *En torno a Galileo*, *Meditación de la técnica*, *Historia como sistema*, *Velázquez*, *Goya*, *La caza y los toros*, *La rebelión de las masas*, *El hombre y la gente*, *¿Qué es filosofía?*, *Meditación de Europa*, *Una interpretación de la historia universal*, *La idea de principio en Leibniz* y muchas otras. Jamás llegó a publicar una obra que comprendiera su sistema completo de filosofía, porque su mente era demasiado incandescente y su pluma demasiado ágil, para someterse al áncora de una obra larga en exceso. Pero todas las piezas del mosaico están en sus ensayos y cursos, y basta ensamblarlas mentalmente para que se forme la imagen radiante de su sistema filosófico. Todo libro suyo tiene la estructura de un curso que a la vez fuera una sinfonía, que ya Sainz de la Maza le llamó "el guitarrista entre los filósofos".

Fue escritor muy rápido. Su monumental obra sobre Leibniz la escribió, dedicándole doce horas diarias durante ochenta días, en su exilio en Lisboa y estando mal de salud. Galeote de la pluma, vivió uncido al yugo de su galera literaria, y desde que escribió a los dieciocho años su primera **meditación**, inspirada en el espacio por el paisaje serrano de *El Escorial* y en el **tiempo por Don Quijote**, siguió creando esos libros suyos que él dijo estaban "escritos en voz baja", porque no le hacía falta gritar.

Fue ensanchándose rápidamente el círculo de sus lectores y discípulos. Su famosa obra **La rebelión de las masas**, publicada en 1930, fue seguida y ampliada en su horizonte, veintisiete años después, por su curso —y

libro— **El hombre y la gente**, de monumental importancia sociológica. A raíz de la publicación de la primera de las dos obras citadas, comentó el *Atlantic Monthly*: “Lo que representó para el siglo XVIII El contrato social, de Rousseau, y para el siglo XIX El capital, de Karl Marx, representará para el siglo XX La rebelión de las masas, de Ortega y Gasset”.

Castellano de la meseta, tuvo Ortega la brusca precisión y la diáfana limpidez de los perfiles de la sierra esbozados en la dorada distancia de los llanos. Pero a esa exactitud científica agregó como vistoso ropón en el que envolver la tiritante desnudez científica de sus ideas, el manto policromo de un Mediterráneo del espíritu, para quien toda idea debe nacer monda y lironda en su desnudez —que la Verdad es desnuda—, pero debe volver en las irisadas alas de un ruiseñor. Esa es la gran innovación que introduce Ortega y Gasset. En la tierra más desordenada del planeta, en España, donde las mejores ideas nacieron siempre desaliñadas, y se presentaron sin lavar ni peinar, fiándolo todo en los quilates de oro de su valía, Ortega y Gasset se preocupa de que la precisión del fondo de su pensamiento se acompañe a la **claridad del método y la elegancia en la forma**. Mas sabe también incrustar los platos de su cocina intelectual de sabrosas trufas, en forma de los vocablos más castizos. Ese es su modo de recordarse a sí mismo que su derecho de filósofo no debe hacerle olvidar su deber de hombre del pueblo. Ortega y Gasset es siempre el aristocrático marqués, pero un marqués que juega a los dados en los establos con los palafreneros y en la cocina pellizca los robustos **glúteos** de la maritornes.

Con las armas de la **exactitud** de un físico atómico, la **disciplina** de un gran bacteriólogo y el **sentido estético** de un buen jardinero, se lanzó Ortega, primero a descubrir España a los españoles, más tarde, a descubrirles el mundo, finalmente a descubrir España ante el mundo. De su mano hizo recorrer a sus lectores los caminitos de Castilla, gris y dorada, piedra y añil; oír cantar a las cigarras a la sombra perfumada de azahar de los naranjales, frente al rizado Mediterráneo de las homéricas leyendas de naos y de dioses; hallar la grandeza de España en una ruina tiznada de soles, en un poema empolvado de siglos, o en el paso de una mocita de tobillo alegre en el jaleo de una fiesta flamenca. Y con él aprendieron que era necesario peinar a España a la europea, **aceptar el Africa como entraña de la raza española, pero hacer de Europa su meta y sentido**, y, si necesario fuera, hacer que España acabara en Gibraltar para que dejara Europa de terminar en los Pirineos.

V—El orador y el político: mago y maestro

Recuerdo la emoción con que asistí a las conferencias de Ortega y Gasset en Madrid sobre ¿Qué pasa en el mundo? Su menudez ibérica, su enjuto perfil de aldeano castellano se agigantó por la sinfónica orquestación de su discurso, lleno de sorpresas oratorias pues, para sacarlas de sus mangas de ilusionista, le bastaba

a Ortega dejar entreabierta la tapa de la arqueta de su cerebro siempre repleta de maravillas. Su faz era como de barro cocido, “su rostro grave y a la vez amistoso, surcado de arrugas profundas, con algo de labrador y emperador romano al mismo tiempo”, sus ojos claros de color tabaco, la “sonrisa alegre y cálida”, la frente de espaciosidad lunar, una calva lírica, la osamenta mandibular de reciedumbre geológica, su gesto tan elegante como la dicción con su “voz grave y ronca”

Cada conferencia suya era un prodigio de elocuencia y gracia, sin usar casi nunca más papeles que los de fumar para liar los cigarrillos cuyo humo le envolvía en una mágica neblina azul, menos sutil que su filosofía. Ortega, en cada conferencia, retornaba a sus artes mágicas. Hablaba de todo con su voz, la voz, que, al decir de Fernando Vela, era “el máximo de espíritu con el mínimo de materia”, y dejaba los temas flotando en el aire como volutas de humo. Introducía su mano pálida en la chistera de su oratoria y la sacaba llena de cintas de colores, colibríes y campanillas. El encanto de su pirotecnia oratoria hacía olvidar su eterno escamoteo de temas, su mariposeo sobre jardines de líricas preocupaciones en su conferencia, ese “drama intelectual en sesenta minutos”. Al terminar de hablar se sentía uno retornando de un agitado viaje en la vagoneta de una montaña rusa.

En 1910, Ortega y Gasset dio su primera gran conferencia en la sociedad El Sitio de Bilbao, sobre Pedagogía social. Allí lanzó su novísima idea de que la pedagogía podía servir de programa político. En el mismo año en que apareció su gran libro *Meditaciones del Quijote*, inicia Ortega y Gasset su período de “gestación” en la vida pública pronunciando un gran **discurso** en el Teatro de la Comedia, de Madrid, sobre Vieja y nueva política, señalando nuevos rumbos a “una generación —dijo— acaso la primera, que no ha negociado nunca con los tópicos del patriotismo y que al escuchar la palabra España, no recuerda a Calderón y a Lepanto, no suscita la imagen de un cielo azul, sino que meramente **siente y esto que siente es dolor**”. Resultado de esta conferencia fue la fundación, con otros intelectuales, de la “Liga de Educación Política Española”, que aspiraba a fomentar una conducta pública elevada, buscando la autenticidad por encima de la intriga, para hacer pueblo y forjar historia viva comenzando por establecer frente a la España “oficial” la España “vital”, lanzando un clarinazo de alerta para despertar a la dormida España de las provincias.

Para Ortega y Gasset, desde un comienzo, política fue polis, la ciudad entera de los hombres, cuyas dimensiones son las de la cultura humana misma. “No hay otro remedio —dijo— que dedicarnos todos a la política. . . El individuo humano no es el individuo físico, sino el individuo de la sociedad; de aquí que cuando la sociedad no está hecha, el afán primordial de cada hombre es hacerla”. Como Platón, se convirtió así en “jefe espiritual”, en filósofo de la política. Su ámbito abarcó a artistas, escritores, médicos, filósofos, hombres de ciencia y al hombre de la calle, y su jefatura espiritual duró hasta la Guerra Civil de 1936, más de veinte

años de labor pública, ejerciendo su influencia desde la tribuna, el periódico y su cátedra.

En 1949 realizó su primer y único viaje a Estados Unidos, y habló en las gélidas alturas de Aspen, Colorado, en la celebración del segundo centenario de Goethe. De regreso a España, Ortega y Gasset pasó por Nueva York. Le imagino asomado a una ventana del Hotel Plaza, donde se alojaba, pensando cosas profundas y exquisitas, mientras sus ojos miraban el húmedo verdor de Central Park. En el mismo año habló en Berlín Occidental, donde miles de admiradores asaltaron el edificio, insuficiente para contener a la muchedumbre que deseaba oír al conferenciante; en 1951 en Suiza, y en ese mismo año fue nombrado doctor honoris causa de la Universidad de Glasgow, Escocia. Con anterioridad, en 1948, había fundado con su discípulo Julián Marías el "Instituto de Humanidades", que inauguró en Madrid con una serie de lecciones sobre Una interpretación de la Historia Universal (Exposición y examen de la obra de Arnold Toynbee).

La actuación política de Ortega y Gasset se plasmó en sus artículos en El Sol contra la monarquía, que tanto contribuyeron a la victoria republicana en abril de 1931, cuando Alfonso XIII se vio obligado a marcharse al exilio, y en la fundación, con el Dr. Marañón y Pérez de Ayala, de la Asociación al Servicio de la República, bajo cuyo pabellón dio Ortega y Gasset, por toda España, tantos bellos discursos, predicando su evangelio de trabajo y nación. Elegido diputado a las Cortes Constituyentes de 1931, pronunció allí varios discursos memorables, siendo de uno de ellos esta frase que hizo historia parlamentaria: "Hay tres cosas que no podemos hacer en este parlamento: el payaso, el tenor o el jabali".

Sus intervenciones parlamentarias crearon un género de oratoria jamás escuchado en ningún parlamento. Pero a Ortega le desilusionó pronto el encarnizamiento entre derechas e izquierdas; tuvo frecuentes discrepancias parlamentarias y periodísticas con socialistas y derechistas, terminando por encogerse de hombros ante la estupidez humana. Tras intentar durante años ser una voz de ecuanimidad entre los feroces contendientes, aconsejar cordura, y "restaurar la alegría de la República", renunció a su cargo de diputado y retornó a sus tareas en la cátedra y la tribuna, aunque continuó siendo siempre una voz llena de idealismo y sentido común. Por desgracia no le escucharon quienes en ambos extremos del espectro político crearon la situación que condujo a la Guerra Civil española.

Durante esa guerra, Ortega y Gasset se exiló voluntariamente en Holanda —donde vivía en un pisito cuya ventana daba a la casa donde tres siglos antes vivió Descartes—, Francia, Alemania, Argentina y Portugal. Sufrió enfermedades y operaciones gravísimas, pero siguió sus tareas, declinando las cátedras que le ofrecían en Inglaterra, escribiendo incesantemente artículos, ensayos, y su monumental obra sobre Leibniz, dando conferencias y cursos en Europa y en Sudamérica, siempre en brega con su salud. Fue un golpe para la República que Ortega se convirtiera durante la Guerra Civil en voluntario exiliado y "neutral", con la actitud del

espectador para quien la guerra era una lidia de toreros malos, olvidando que al revuelo de sus capotes ensangrentados se jugaban los destinos del toro ibérico.

Tras la Guerra Civil, rehusó la oferta de ser nombrado "filósofo oficial" de España si accedía a retirar algunos de sus ensayos, a lo que rehusó con toda dignidad. Más tarde, su quebrantada salud y la muda pero entrañable llamada de su Castilla le hicieron retornar a Madrid. Al regresar a España, en 1945, Ortega elogió la "sorprendente salud, casi podríamos decir indecente" de España. Acaso porque estaba ya enfermo le pareció sana España, como al tuberculoso le parece saludable el asmático. No obstante se mantuvo en postura de airosa dignidad al margen del régimen franquista, lo que le valió que se le aislara como a un extranjero en su propia tierra.

VI—El historiador: la teoría de las generaciones

Ortega —¡así, Ortega, pues desde ahora le llamaremos como le corresponde, con un solo vocablo, como a Vives, Descartes o Kant— fue en cierto sentido uno de los más geniales historiadores de todos los tiempos. No escribió una sola obra de historia pero nos enseñó a mirar, a interpretar la Historia de una manera nueva. Ortega hizo historia en su filosofía de la vida, en su constante preocupación por la Historia, en la nueva dimensión biográfica que dio a todo estudio suyo sobre cualquier personalidad y, sobre todo, en su concepto de las generaciones históricas.

Para nosotros los médicos, es muy importante ese concepto biográfico de la vida del hombre (en estado de salud y de enfermedad), y de los pueblos. Ortega fue el primero en señalar que para formular una teoría de la vida humana sería preciso "partir de una teoría general de la vida cuyo nombre más natural debía ser 'biología'; si Lamarck no lo hubiera inventado y acotado para lo que, en rigor, debiera llamarse 'zoología' —no sabía griego e ignoraba que *bios* no es, como *zoon*, vida orgánica sino *conducta del ser viviente*; por tanto, digamos biografía—; partir, pues, de una teoría general de la vida humana e ir llenando sus 'lugares vacíos', ir concentrando sus ecuaciones hasta llegar a la única auténtica y plenaria realidad que es 'estos hombres' y 'estas mujeres', es decir, estas personas que estamos ahora aquí. Mas la persona es, a la vez, siempre vida individual y vida colectiva. Cada uno de nosotros está hecho, en la mayor porción de sí mismo, de la colectividad en que ha nacido y en que pervive, está informado por ella". En este párrafo se sintetiza el fermento que infunde vitalidad histórica a la obra de Ortega.

Para Ortega el sujeto de la biografía es el hombre; el de la historia, la generación. Historiador era para él re-vivir. La vida, para Ortega, es quehacer y para hacer hay que decidir qué hacer. Esa decisión está basada en las creencias del hombre y conocerlas es imperativo para diagnosticar históricamente a un hombre, un pueblo, una época. Pero el hombre no es cuerpo, que es una cosa, ni alma, que es otra. El hombre es drama, o sea acontecimiento. "La vida es un gerundio —dijo Ortega— y no un participio; un *faciendum* y no un *factum*". "El

hombre no tiene naturaleza sino que tiene historia. O, lo que es igual, lo que la naturaleza es a las cosas, es la historia —como res gestae— al hombre”

El hombre, mantuvo Ortega —anotémoslo como médicos—, tiene un cuerpo que es hoy día, en la Era Atómica, igual al que tenía hace veinte mil años cuando hombres hirsutos pintaban bisontes en las cuevas de Altamira. El hombre tiene historia, que es lo variable (¡nadie mejor que un médico lo sabe!). Viene de algo y va a algo. Cada época histórica, a su vez, viene y va. El hombre es siempre cambiante y vive siempre desde y sobre ciertas creencias. Lo esencial sería conocer la **“biología”, que quiere decir conducta** (lo que hoy llamamos “biografía”) del ser viviente. Las dos grandes dimensiones de destino que integran nuestra vida son el pasado y el porvenir; la vida humana es, en todo momento, una ecuación entre ambos. Vivimos orientados hacia el porvenir. Mas para salir de un recinto hemos de **recordar la puerta por donde hemos entrado (la Historia)**, si queremos ocuparnos del futuro. Dilthey dijo que, “la vida es una misteriosa trama de azar, destino y carácter”. Contra el misterioso azar, el hombre desarrolló en la prehistoria la magia, pero los hombres modernos tenemos otra magia nueva: la esperanza.

Para Ortega la Historia era vida en cuanto que es drama. **La razón vital o histórica, base de la filosofía de Ortega, es el método teórico con el cual entender la realidad radical y averiguar lo que son las cosas.** “La razón histórica, que no consiste en inducir ni en deducir, sino sólo lisamente en narrar, es la única capaz de entender las realidades humanas, porque la contextura de éstas es ser históricas, es historicidad”.

Pasó de ahí Ortega a definir su concepto de la **“teoría de las generaciones históricas”.** Vivir, nos enseñó, es lo que hacemos y lo que nos pasa en nuestra circunstancia. Pero cada hombre vive en su mundo y “cada generación es una representación de una cierta actitud vital” que hereda de la precedente y guía —o retarda— a la siguiente. Para Ortega, cada generación tiene tres tiempos: el de los contemporáneos o sea el de todo el mundo que vive en una cierta época y fragmento del planeta, y el de los coetáneos, o sea el de la gente de la misma edad, que vive en ese momento de tiempo y fragmento del espacio, subdividiéndose a su vez estos últimos en viejos y jóvenes. O sea, que en cada generación contamos con los **contemporáneos**, sea cual fuere su edad (el chiquillo que brinca como una ardilla y el anciano que calienta sus huesos junto a la chimenea), y los **coetáneos**, que tienen la misma edad (sea ésta la de la mocedad que danza el watusí, o la de los ancianos que añoran el vals) y los coetáneos de edades diferentes.

Las generaciones en la vida del hombre se dividirían así, según Ortega: del nacimiento a los 15 años; de los 15 a los 30 años; de los 30 a los 45 años; de los 45 a los 60 años; y de los 60 a los 75 años.

Del nacimiento a los 15 años se desarrolla una edad **“ahistórica”**, en la que el ser humano simplemente sobrevive biológicamente.

De los 15 a los 30 años, en la **edad de iniciación,**

el hombre recibe ideas, conceptos, y hechos y se informa. (Hay que señalar, según Ortega, una fecha importantísima. El intelectual tiene **“su primer apasionado encuentro con los grandes temas y las grandes ideas que va a desarrollar en el resto de su existencia a una edad de la vida muy precisa, que son los 26 años...** Después de todo, no es nada misterioso esa fecha de la vida. Es el año en que normalmente dejamos de ser predominantemente receptivos y echando a nuestra espalda la alforja de lo aprendido, nos volvemos al universo con retinas intactas”. **“... Búsquese en la biografía de los pensadores y se hallará que con sorprendente frecuencia es la fecha de sus veintiséis años aquella en que dentro de ellos hicieron su germinal presentación los motivos intelectuales que van a ser más tarde su obra original”.** “...no se trata de que a esa edad se le ocurran a uno ciertas ideas, sino, más bien, que descubrimos de pronto en nosotros, instalada ya y sin que sepamos de dónde ha venido, una cierta decisión o voluntad de que la verdad posea determinado sentido y consista en ciertas cosas”.)

De los 30 a los 45 años, viene el **periodo de gestación y lucha**, en que el hombre trata de innovar el mundo, en lucha con los hombres maduros que lo están rigiendo.

Si de los 30 a los 45 años es la edad de gestación, de los 45 a los 60 es la **edad de predominio y gestión**, años en que el hombre rige el mundo científico, político y social. Mas ambas generaciones conviven históricamente, y en ambas es cuando el hombre más interesa a la mujer que es verdaderamente mujer, y además **son éstos los hombres que luchando o gobernando, sostienen la historia del mundo.**

De los 60 a los 75 comprende la generación que sobrevive históricamente, **aconseja, orienta**, pero raramente actúa. (En nuestro tiempo, diría yo, hay notables excepciones, hombres cuya acción ha sido estandarte para los demás —De Gaulle, Adenauer, Churchill, Picasso).

La doctrina de las generaciones históricas es uno de los más sutiles y originales instrumentos para estudiar la historia. (Yo la apliqué una vez en estas páginas a la historia de la Medicina, específicamente a Vesalio y a Harvey). La idea de las generaciones no es nueva (los 15 años son “etapa muy importante en la vida del hombre” dijo Tácito), pero fue Ortega quien la llevó a su plenitud. **Para Aristóteles**, la plenitud física se alcanza de los 30 a los 35 años, y la intelectual a los 51 años.

He aplicado su teoría de las generaciones a la vida del propio Ortega. La teoría, una vez más, es exacta. Recapitulemos: a los 26 años, en 1909, adquiere su conciencia filosófica y su vocación estando en Marburgo. A los 30 años (en 1913) inicia su “gestación” con su primer libro, *Meditaciones del Quijote*, y su primera gran conferencia política Vieja y nueva política. A los 45 años (en 1928) inicia su “gestión” con sus grandes obras filosóficas y su labor política. A los 60 años (en 1943) vienen el exilio, el olvido, y la “resurrección” filosófica.

Aplicada a la historia de los pueblos, la generación histórica se define por la existencia de un gran cambio histórico, una crisis, como sucedió en 1300 —la hora de Dante—, o en 1543, el año en que al publicarse la *Fabrica*, de Vesalio, se escuchan los acordes del preludio de la medicina moderna. Yo diría que la teoría de las generaciones históricas es tan fecunda en posibilidades para ese “médico” que diagnostica la vida pasada de los pueblos que es el historiador, como para ese “historiador” que diagnostica el mal presente de los hombres —en ambos casos, en función de su pasado— que es el médico.

La vida individual, sostuvo Ortega, es histórica, **“la vida sólo se vuelve un poco transparente ante la razón histórica”**, es decir, el saber lo que un hombre o un pueblo hizo antes; y la historia tiene como su urdimbre la de las generaciones, formas de vida determinadas por el repertorio de creencias, ideas, usos, costumbres, que han durado 15 años. “Una generación es una zona de quince años durante la cual una cierta forma de vida fue vigente. La generación sería, pues, la unidad concreta de la auténtica cronología histórica, o dicho en otra forma, que la historia camina y procede por generaciones”. Cada generación histórica estaría determinada por una fecha central y constituida por una “zona de fechas” de 15 años, siete antes y siete después del año decisivo. Y hay “generaciones decisivas”, como lo fueron las de Dante, Leonardo, Galileo, Vesalio, Harvey, Descartes, Goethe y Ortega, en la historia del pensamiento.

Cada hombre pertenece a la generación que es común a cuantos han nacido en la misma zona de fechas. Si los contemporáneos viven todos en el mismo tiempo, los coetáneos pertenecen a la misma generación. Hay entre ellos una convivencia interindividual —amor, amistad, sociedad— y una impersonal —trabajo, leyes—. Los hechos primarios sociales de toda generación son en primer término los usos, que es lo que pensamos o decimos porque se piensa, se dice o se hace, por la gente. Los usos permiten que exista la sociedad y conserve su herencia del pasado superando la insociabilidad. **El hombre está pues cargado de su pasado, pero su presente lleva en sí el futuro y su misión consiste en ponerlo en marcha. Todo estado presente del hombre es consecuencia del anterior, de tal modo que el presente está grávido de porvenir.** Meditemos —digo yo— sobre este concepto dinámico de la vida, y sabremos usar más y mejor de nuestro presente como clave de nuestro futuro.

¿Adónde va la Historia? Según Ortega, el problema recóndito de la Historia es el de la felicidad. Esa felicidad varía en el tiempo y el espacio. “No es el mundo de la araña el mismo que el del tigre o el del hombre, no es el mismo el mundo del asiático que el del griego socrático o el de un contemporáneo”. Cada pueblo tiene su horizonte histórico y frente a la humanidad única destaca la pluralidad humana. **La Historia no nos es dada hecha, la va haciendo el hombre con su vida misma, en el vivir, que es simbiosis de res e idea, de**

naturaleza y logos, de circunstancia y vocación. Tal fue el concepto de la Historia de ese fabuloso juglar y artífice de conceptos que fue Ortega.

VII—El filósofo: “Yo soy yo y mi circunstancia”

La filosofía de Ortega es la enunciada en su frase tan engañosamente simple “Yo soy yo y mi circunstancia”.

En 1914 Ortega, a la sazón de 31 años de edad, dio un paseo, que sería histórico, por la sierra de Guadarrama, en las cercanías de El Escorial, testigo de sus vacaciones de niño. La combinación de la heroica serrañía y de sus pensamientos sobre el Quijote dieron rienda suelta a una bandada de pensamientos, volanderos como halcones, en los que se contenía el germen de su obra futura.

Ortega describe el paisaje de El Escorial y lo que en el pensó **sobre el Quijote y España, y acepta su vocación de buscar “posibles maneras nuevas de mirar las cosas”**. Mira en torno suyo y halla las sierras, su cuerpo, su alma, creencias, ideas, pasado, historia y Dios. Con todo ello, en dramático diálogo, decide que **el hombre debe hacer su vida**. Emite entonces por vez primera su citada fórmula portentosa, y comienza a lanzar las flechas de su arco, los conceptos, pues “el concepto es un órgano con que captamos las cosas”.

Enseñó Ortega que todo lo que el hombre hace, lo hace en vista de su circunstancia, y que a cada uno de los haceres de nuestra vida le pertenece intrínsecamente su justificación, pues **el hombre no es sino que vive, y vivir es lo que hacemos y lo que nos pasa**, tener que nadar, ser náufrago en la circunstancia para dar razón de ella, saber a qué atenerse y poder ser cada cual auténtica y libremente fiel a su destino.

La suprema intuición de Ortega fue decidir que **el ser humano no es un ser completo sin su circunstancia**, y que la **“realidad circunstante, forma la otra mitad de mi persona”**. No solamente aceptó Ortega que el yo incluye el mundo exterior como circunstancia, sino que esa circunstancia jabarca asimismo el mundo interior! “Yo soy yo y mi circunstancia y si no la salvo a ella no me salvo yo”. Parecen, a mi entender, resonar las palabras del poeta: “Verso —¡O nos salvamos juntos, o nos hundimos los dos!”

La introducción en la filosofía del vocablo **“circunstancia”** es exclusiva de Ortega, como señaló Julián Marías. En biología es el término usado para designar el milieu de Geoffroy St. Hilaire, el environment de William James, el Umwelt de Edmund Husserl, luego recogido por el biólogo Jakob von Uexküll, quien reemplazó la concepción antropocéntrica del mundo por la del mundo del animal, el que ven, experimentan o sienten la medusa y el toro, la araña y el ruiseñor. Es un concepto humano e histórico de enorme perspectiva.

La atlética proeza de Ortega, basada en su frase famosa fue **contraponerse al “Pienso, luego existo” de Descartes**. Ortega sacó el mundo fuera del yo, y valiéndose de su razón vital le salvó de morir por asfixia en esa cámara acorazada que es el yo. **“El hombre**

—dijo Ortega— **rinde su máxima capacidad cuando adquiere la plena conciencia de las circunstancias.** Por ellas comunica con el universo. ¡La circunstancia! Circum-stantia ¡Las cosas mudas que están en nuestro próximo derredor!” Porque **nuestro destino no es separable de la circunstancia que es “nuestro mundo”.** ... “Hemos de buscar a nuestra circunstancia, tal y como ella es, precisamente en lo que tiene de limitación, de peculiaridad, el lugar acertado en la inmensa perspectiva del mundo. . . En suma: **la reabsorción de la circunstancia es el destino concreto del hombre.** . . . “El sentido de la vida no es, pues, otro que aceptar cada cual su inexorable circunstancia y, al aceptarla, convertirla en una creación nuestra. . .” Para Ortega, yo solamente soy plenamente yo mismo al integrarme con y en mi circunstancia. El “yo total” es el conjunto del yo y de mi circunstancia. El destino del hombre es **incorporar la circunstancia a su “proyecto” de vida futura.** El hombre es héroe, ama la aventura y su heroísmo **“consiste en ser uno mismo. . . Y ese querer ser él mismo es la heroicidad”.** “Héroe es quien quiere ser él mismo. La raíz de lo heroico hállase, pues, en un **acto real de voluntad**” . . . “La circunstancia es todo lo que me rodea: el mundo físico, social, el pasado histórico, mi cuerpo y mi psique. . .” **“La vida, que nos es dada tiene sus minutos contados y, además, nos es dada vacía.** Queramos o no, tenemos que ocuparla —de éste o del otro modo—. Por ello, la sustancia de cada vida reside en sus ocupaciones. . .” **“El hombre debe inventarse sus quehaceres,** mas como la duración de la vida es limitada, **la vida es prisa.** Es menester escoger un programa de existencia renunciando a todos los demás y prefiriendo unos a otros para así componer la novela de nuestra vida”.

“Toda vida humana tiene que inventarse su propia forma. . . Por eso **la facultad primordial del hombre es la fantasía.** . . Inclusive lo que se llama **pensar científico** no es psicológicamente sino una variedad de la fantasía, es la **fantasía de la exactitud.** La vida humana es, por lo pronto, **faena poética,** invención del personaje que cada cual, que cada época tiene que ser. **El hombre es novelista de sí mismo. . .** ¡Pues bien, la vida resulta ser, por lo pronto. . . un género literario!”

En otra ocasión, dice Ortega: “La vida es quehacer, y la verdad de la vida, es decir, la vida auténtica de cada cual **consistirá en hacer lo que hay que hacer y evitar el hacer cualquier cosa.** Para mí un hombre vale en la medida que la serie de sus actos sea necesaria y no caprichosa. . . La vida verdadera es inexorablemente invención. Tenemos **que inventarnos nuestra propia existencia** y, a la vez, este invento no puede ser caprichoso. . .” “¿Cómo se resuelve tan difícil problema? Para mí no ha cabido nunca duda alguna sobre ello. Nos encontramos como un poeta con un pie forzado. Este pie forzado es la circunstancia. Se vive siempre en una circunstancia única e ineludible. **Ella es quien nos marca con un ideal perfil lo que hay que hacer”.**

Vida es estar en una circunstancia, es una situación tras otra, es quehacer dinámico del yo con las cosas. Pero, sobre todo, es estar despierto y en vela, vivir

alerta, siempre presto a conquistar la esencia de las cosas, como cazador y seductor de las ideas. Ortega con su mente recorrió el mundo al galope. La vida fue para él, peligro, estar alerta a los problemas, anticiparlos, como el cazador a las jaurías y a las presas ululantes y rápidas. Muy reveladoras son algunas de sus palabras favoritas, que tanto brincan en su prosa: “escorzo”, “coraje”, “decisión”, “paso elástico”, “músculo enjuto”, “tensión”, “golpe certero”. Porque Ortega era un arquero del espíritu, un gladiador de la verdad.

La vida humana, para Ortega, es la suprema realidad y no la naturaleza ni siquiera la conciencia. La vida es quehacer y el hombre es drama, y ese drama de la vida somos yo y mi circunstancia: “La realidad radical es la vida, esto es, el puro acontecimiento de la lucha entre ‘un hombre y sus circunstancias’”. En esa lucha el hombre tiene como armas un **repertorio de ideas** (que nos vienen de fuera) y de **creencias** (que nos vienen de dentro). **“La vida nos es dada pero no nos es dada hecha, sino que necesitamos hacérsela nosotros. . .”** y la vida siendo quehacer, ese quehacer hay que decirlo en cada instante. Y como la vida humana es historia, **la razón vital es también histórica, es decir, la historia.** El hombre se halla ante la circunstancia como el pianista ante las teclas del piano. En este teclado los sonidos le están dados, pero las melodías que él puede crear son infinitas. Y el drama de la vida es que el hombre debe ser pianista a todas horas, ya que para vivir no puede cesar de tocar ese teclado.

Va así dibujándose el concepto orteguiano de que **la razón vital es la vida misma,** teoría ésta dramática, biográfica e histórica, **la más dinámica filosofía en la historia.** El hombre no es, sino que vive; y vivir es lo que hacemos y lo que nos pasa, ser auténtica y libremente fieles al destino individual de cada uno.

Frente a la clásica oposición entre razón y vida, Ortega opone su razón vital que es la vida misma. “Vivir es, de cierto, tratar con el mundo, dirigirse a él, actuar en él, ocuparse de él”, **pues la vida es faena poética, proyecto vital, invención de lo que yo voy a ser.** En su filosofía, Ortega se separa del idealismo de Descartes y Kant, y del realismo de Aristóteles y Santo Tomás. Para Ortega, la realidad radical “no es solamente yo, ni es el hombre, sino la vida, su vida”

“Entre los muchos haceres posibles hay un solo quehacer. El empeño del hombre es lograr que su hacer coincida con su quehacer”. La vida es creación de sí misma. Hemos de recordar siempre el proyecto que es el yo. “La vida es constitutivamente un drama porque es la **lucha frenética por conseguir ser de hecho el que somos en proyecto**”. . . Ese proyecto lo encontramos ya formado al encontrarnos viviendo. Todos nos encontramos en nuestro vivir con una circunstancia impuesta, que no podemos reformar y con un yo que es un proyecto irremediable de una cierta existencia, un personaje que debemos representar. El hombre, entre sus varios seres posibles encuentra uno que es su auténtico ser. Y a la voz que le llama a ese auténtico ser es a lo que llamamos ‘vocación’. **Sólo se vive a sí mismo, sólo vive de verdad el que vive su vocación, el que coincide**

con su verdadero 'sí mismo'... Para vivir tenemos que estar siempre haciendo algo... La vida es quehacer, sí, la vida da mucho quehacer, y el mayor de todos averiguar qué es lo que hay que hacer". "Cada momento hemos de decidir sobre el siguiente... Ello confiere a nuestra vida un ingrediente esencial: ser prisa, pues el tiempo oprime y aprieta..." "La vida es prisa y necesita con urgencia saber a qué atenerse, y es preciso hacer de esta urgencia el método de la verdad". Como dijo Píndaro: "Llega a ser el que eres".

Es importantísimo recordar que Ortega tuvo, más que un sistema, todo un organismo filosófico, enunciado en su primer libro *Meditaciones del Quijote*, en su frase memorable, acorde musical que da la clave de su *sinfonía filosófica de "Yo soy yo y mi circunstancia"*. Mas si la frase de Descartes "Pienso, luego existo" nació de un forzado encierro durante unas nevadas, y se incubó confinada como un recién nacido prematuro al calor de una estufa recalentada, la frase de Ortega se pronunció en la sierra de Guadarrama. Desde su comienzo, el yo de Ortega se halló en encuentro dramático con el mundo y en pleno horizonte abierto.

La vida es para Ortega faena poética, invención por el hombre de lo que va a ser. Yo soy un programa vital, un proyecto o esquema que he tenido que imaginar en vista de las circunstancias. Sólo puedo vivir eligiendo en cada momento del repertorio o teclado de posibilidades. El hombre debe ser novelista de su propia vida, tiene que imaginar el personaje que es él mismo. La vida humana es drama. El hombre es lo que hace y le pasa, es historia, va acumulando experiencias —pasado— y haciéndolas —presente, que es ya futuro. La finalidad es **realizar nuestro propio, personal e insustituible destino.**

Fue pues la de Ortega una filosofía de aire libre y campo abierto, dinámica y juvenil, y su creador aceptó la vida y su drama con ímpetu de cruzado y espíritu de trotamundos. No creó un sistema filosófico, ya que toda su vida fue filosofía, y él un filósofo a la española, con garbo y gusto.

Como el Cid...

Una noche, poco después de la muerte de Ortega, acaecida el 18 de octubre de 1955, la familia espiritual del maestro se reunió en lo que era su palenque de tertulia, la redacción de la Revista de Occidente, para escuchar en cinta magnetofónica una conferencia suya. Los epitafios periodísticos aún resonaban por doquier: "Muere el embajador del pensamiento", "Un torero abandona el ruedo", "Ortega, luchador contra la estupidez humana". **Lo cierto era que España había producido un solo genio desde hacía varios siglos, que era Ortega, y ahora había muerto.** Murió de cáncer hepático en 1955 (el mismo año en que murieron Paul Claudel, Thomas Mann, Albert Einstein y Pierre Teilhard de Chardin) tras vivir 72 años, como vivieron Unamuno y Eugenio d'Ors. Pero de él puede decirse como dijo él del Poema de Mío Cid: "Cuando llevamos dentro sus recios versos heroicos, nuestro peso moral aumenta".

Su sombra, como la de una montaña, ha crecido al ponerse el sol de su vida. Si las cenizas del maestro reposan en sencillo arcón de caoba con herrajes de bronce en el cementerio de San Isidro, en Madrid, **su espíritu, libre, eterno, universal**, vuela hoy más alto que nunca sobre todos los ámbitos del pensamiento humano. Fue el último de esos **españoles fabulosos** que en el curso de la Historia ha hecho algo **tan estupendo que los demás hombres necesitan siglos para darse cuenta de la grandeza de su gesta**, aunque ella fuera escribir El Quijote, descubrir América o anticipar en varias centurias —como hizo Ortega— **el inevitable salto de España hacia la universalidad.**

Su pensamiento fue estrella inalcanzable, pero como los **remotos luceros que guían la ruta del navegante**, orientó el rumbo de muchas navegaciones por la vida, incitándolas a imitarle si no en el inigualable vuelo de águila de sus ideas, en el afán de su brega por acorrallar la Verdad y arrancarle a dentelladas sus entrañas. Para él, la filosofía debía nacer y vivir en la calle, en un arroyo sembrado de las astillas de la proverbial torre de marfil. Su filosofía fue optimista y si Ortega gustó de vestir de tisú de plata los vocablos, no se olvidó de que lo esencial era la masculina robustez de las ideas. Muchos pétalos de rosa, pero bajo ellos el filo heroico de espadas de bronce.

Ortega murió en Madrid diez años después de su retorno a España. Pero en su última salida, como don Quijote, sufrió el mal que le destruiría y que al liberar su obra de la frágil arcilla física del hombre aumentó su proyección universal. La España actual le venía pequeña. Su cuerpo yace en Madrid y sobre su tumba florecen guirnaldas, pero su espíritu pertenece a la humanidad y es tan universal como su obra y su recuerdo. Para usar de sus propias palabras, comienza ahora en la peripecia histórica de Ortega lo que un gran ateniense, hace más de dos mil años, llamara "la segunda navegación".

El sistema de Ortega es tan importante como el que más en la historia de la filosofía, su palabra hablada y escrita es la más bella y clara en la historia de la filosofía, su filosofía la más dinámica en la Historia. Todo el que le lea enriquecerá su alma con portentosos conceptos. Su frase "Yo soy yo y mi circunstancia" es una llave mágica que nos permite abrir las puertas de la vida y de la Historia, en el tiempo y el espacio, y además entender lo que existe al otro lado de esa puerta.

"Yo soy yo y mi circunstancia" podemos decir todos, porque nos demos cuenta o no, una parte vital de nuestra circunstancia es el propio Ortega, el Cid de la Filosofía. Ortega, cuya testa heroica, luminosa de ideas, hizo de él más que un hombre, un castillo.

© Copyright 1965 por el Dr. Félix Martí Ibáñez
Derechos reservados. Reimpreso de MD en
Español, noviembre, 1968.

MD ENSAYO DEL DIRECTOR
PANORAMA HISTORICO DE LA FILOSOFIA: VIII